

A Paulo Freire

El último pajarito

Barba blanca, espesa. Un traje safari color arena, probablemente comprado en alguna tienda de Guinea Bissau. Y zapatillas. Por casualidad, ese día, el día que nos encontramos, yo vestía igual. Fue en la Universidad de Harvard, cruce de caminos para los que tienen algo que decir o aprender. Paulo fue profesor en Harvard por los años 70. Allí revisó su Pedagogía del Oprimido.

Le gustó volver. Recorrió con "gusto" sus calles y jardines, la biblioteca, se mezcló con los alumnos y sus colegas. Otra vez era el "profesor".

Elsa estaba con él. Su querida Elsa. Y entre los dos recordaron viejos tiempos. Tomados de la mano, intercambiaban miradas de complicidad aquí y allá. Hablaron de sus vidas. Solo de sus vidas. Paulo habló. Elsa asentía. La cárcel, el exilio, los hijos. Algo quedó claro. La vida es lucha. Paulo y Elsa lo entendieron así. Y ganaron. Valga el mensaje.

El tiempo es hoy. Paulo es Secretario de Educación. Elsa falleció. Nita es su nueva compañera. Y la lucha continúa.

JUAN BRAUN: Es duro estar en la cárcel, ¿no? Tu estuviste muchas semanas, muchos meses en la cárcel.

PAULO FREIRE: Sí.

J. B. ¿Qué pasó?

P. F. Sí. Pero yo creo que no fue tanto tiempo; hubo brasileños de mi generación y de otras generaciones que casi murieron y vivieron en la cárcel por mucho tiempo. No, yo pasé un tiempo cortito, setenta y cinco días, en dos momentos. Pero yo te diría que para mí allí la cuestión del tiempo no era lo fundamental. Yo creo que la cuestión básica fue la propia experiencia de uno sentirse encarcelado.

J. B. Debe ser horrible estar encarcelado. Perder la libertad.

P. F. La significación que la libertad de repente gana. Como por ejemplo, la significación que la salud gana cuando tu te enfermas, ¿no? Esta experiencia dramática, yo la tuve. Me acuerdo,

perdí un poco la noción del tiempo. No sabía si era propiamente miércoles o sábado. Y eso es una sensación extraña, ¿no? Esta, que de repente tu no sepas si tu estás en miércoles o lunes.

J. B. ¿Te sentiste mal? ¿Te golpearon?

P. F. Yo tuve una sensación que me hería mucho del punto de vista humano; la sensación de ser tratado como objeto. De repente, percibí en la mirada, en los gestos, en las palabras, en el discurso de los oficiales del cuartel donde yo estaba; percibí que su discurso era todo esto, no solamente era la palabra, era el cuerpo también que hablaba. Al mirarme (ellos) como si en verdad yo no fuera persona. A la primera reacción cuando esto ocurrió por primera vez realmente me hirió. Y es interesante cuando pienso sobre esto, me hirió pero no me ha dado rabia. ¿Entiendes? Mira, no quiero dar la impresión de que soy bueno, santo, nada de eso. Soy un hombre lleno de pecados y de posibilidades de pecar. Porque soy gente. Pero no tenía propiamente rabia; tenía, de un lado tristeza, del otro me sentía apenado. Si tu me preguntas si valió la pena yo te diría: No soy masoquista pero yo aprendí en la cárcel

J. B. ¿Y qué aprendiste?

P. F. Ah sí, aprendí el valor de la libertad, más que antes. Por ejemplo, aprendí muy concretamente la comprensión de los límites del ser humano. Esta fue una cosa extraordinaria; en setenta y cinco días de cárcel o en la situación mala, difícil, sin suficiente higiene por ejemplo y conviviendo con otros intelectuales que habían estado ya hacía tres meses, yo ví como era muy fácil a nosotros animalizarnos. Como la realidad a veces es tan fuerte y reacondiciona muy rápidamente. Y si tu me preguntas ¿qué aprendiste? yo te diría que todo esto reforzó en mí la creencia o la lucha por una educación que siendo muy realista enfatice la capacidad crítica en los seres humanos.

J. B. ¿Por qué te pusieron en la cárcel? ¿Cuáles fueron los cargos, si es que hubo alguno?

P. F. El fundamental, que yo era subversivo.

J. B. ¿Subversivo? ¡No lo puedo creer!

P. F. Hubo también acusaciones de que yo era un ignorante.

J. B. ¿Ignorante, tú?

En esta entrevista realizada y coordinada por Juan Braun, colaboraron profesores y alumnos del Departamento de Educación de la Universidad de Harvard, entre ellos Noel McGinn, Luis Porter, Isabel Boland. Muchas gracias. La transcripción de esta charla está en portugués.

P. F. Sí. A mi me extrañaba mucho esta acusación porque la ignorancia no es crimen. No es. Y yo me quedaba espantado. Si la fundamentación para mí subversividad es que no estaba de manera ninguna alfabetizando, estaba "bolshévizando" el país. Es una cuestión interesante, hasta chistosa, ¿no? Un profesor amigo mío, Francisco, dijo que "no, no era el educador que era subversivo, era la realidad que era subversiva". Esto es, la realidad misma de injusticia de discriminación. Es que tenía en sí toda la potencialidad para una subversividad fácil y justa. Entonces, en la manera que yo planteaba una educación que desocultara esta situación, que desvelara esta situación, esta educación se haría subversiva. En sí todo acto serio de conocimiento carga siempre consigo un potencial subversivo.

J. B. ¿Cómo te llevaron Paulo? ¿Estabas en tu casa? ¿Golpearon la puerta y dijeron: "Paulo Freire venga para acá, síganos"? ¿Cómo fue?

P. F. Como fue. En primer lugar estaba con Elsa y con los hijos en Brasil porque yo comandaba una campaña nacional de educación de adultos más que alfabetización de adultos; y cuando el golpe vino y se consubstanció nosotros estábamos en Brasil. Elsa me presentó antes de mí. Después fui y me presenté a la policía, "estoy aquí", porque

yo rehusé salir de Brasil inmediatamente...

J. B. Interesante. ¿Así que rehusaste exiliarte?

P. F. Yo rehusé irme a asilar inmediatamente; no era santidad mía, tampoco, no era pureza, nada de esto. Era un poco de responsabilidad que tenía, hacia la juventud que había creído en mí. Yo preferí quedar para testimoniar también a la juventud que por lo menos durante algún tiempo estaría allá. Y me presenté a la policía y dije "Yo soy Paulo Freire y estoy aquí", y me acuerdo un día empecé a contestar preguntas por un delegado de policías y después, un día por la mañana, yo estaba en casa y llegó una camioneta con dos policías que me fueron a buscar. Elsa preparó una maletita con mi cepillo y pasta de dientes y unas blusitas y unas cositas. Había una cierta ilusión idealista que yo volvería en el mismo día. Y partí y allá entonces me llevaron a la policía civil y de la policía me llevaron a un cuartel del ejército.

J. B. ¿Cuál es esa historia del último pajarito que contaste ayer?

P. F. Y ahí tengo una historia pequeña que contarte, es una cosa muy interesante también y muy triste al mismo tiempo: Cuando en el cuartel del ejército el Capitán vino por mí para

recibirme de las manos del agente de la policía, dije de las manos porque era exactamente esa la sensación que yo tenía. Que fue confirmada con un muy pequeño discurso del agente de la policía. Me entregó al Capitán, al joven Capitán del ejército diciendo: "Capitán, aquí está el último pajarito". Con alusión metafórica de que el pajarito tendría que estar dentro de su jaula. Miren ustedes, no pueden imaginar lo que pasó en mi cuando me sentí tratado como pajarito. A pesar de todo el amor que tengo por los pájaros. Y hasta hoy al volver a Brasil, vivo tan lleno de alegría de tener pajaritos en mi casa.

A veces, quiero preguntarme que si con un buen psicoanálisis no habría algo que ver entre este deseo inmenso que tengo hoy en Brasil de tener pajaritos conmigo y en el momento en que fui considerado también como un pajarito. Pero son cosas que quedan. A mí me gustaría hoy día, si yo fuera capaz de ubicar este hombre de la policía, convidarlo e invitarlo para una comida y decirle a él que soy y no soy un pajarito.

J. B. ¿Cómo era la jaula del pajarito?

P. F. La jaula. Tuve diferentes jaulas de pajarito. Y una era terrible, la peor de las jaulas. Si, fue en Recife. Que paradoja no, Recife linda ciudad, tan humanizada ciudad, tan viva, his-



Paulo Freire, su esposa Elsa (+), Noel McGinn, profesor de la Universidad de Harvard y Juan Braun.

Foto: Isabel Bolland

tórica. Y en Recife estuve metido en una jaula que tenía un metro y setenta de fondo, por sesenta de ancho. Una solitaria. Y es interesante lo que pasó conmigo cuando abrieron la puerta de hierro y me echaron dentro. Una vez más, yo no quiero dar la impresión de que soy bueno, no, no, no. Tú sabes lo horrible que es cuando se dice en Brasil que uno es bonsigno. ¿Tú sabes que es en español bonsigno? Buenachón. No, yo no soy esto.

J. B. Volvamos a la celda ¿Qué pensabas en tu jaula?

P. F. Pero, una vez más, cuando me echaron en aquel cajón en lugar de tener rabia nuevamente tuve dos sensaciones muy interesantes. La primera era de espanto que hubiera aquello, de que existiera aquí todavía. Esa fue la primera sensación, ingenua, pero lindamente ingenua. Yo decía a mí mismo, "Puchi, pero ¿cómo es posible que exista todavía esto?". La segunda que me tomó fue la convicción absoluta de que yo estaba cierto; yo tenía razón históricamente de haber hecho lo que había hecho.

J. B. Cuando saliste, el día que saliste, ¿estaban tus niños esperando en la puerta o te dijeron repentinamente "salga"? ¿Cómo te sentiste al salir de la jaula? ¿El pajarito en libertad?

P. F. Ah sí, increíble. ¿Tú ya algún día trabajaste con periodistas? Tú eres

un pedagogo pero tu sabes trabajar en esto también. Estás haciendo muy buenas preguntas. Es interesante esto ¿sabes? Un día en la noche estaba jugando "quebracabeza", ¿cómo se dice? rompecabezas; exacto, con un grupo de compañeros cuando llegó el joven teniente y me dijo, "yo lo vine a buscar a usted, usted está libre".

J. B. ¿Y tu le creíste?

P. F. Me acuerdo que yo dije, "Mira teniente, ¿es verdad? No haga bromas. Y él dijo, "no, no, es verdad". Y me dijo también, con una cierta cortesía humana, que no tenía nada que ver con la actitud como me trataban dos días antes cuando no tenía, cuando no había sido informado todavía que yo debería volver al mundo de los normales. Es increíble, hasta esa estupidez que yo llamo la burocratización de la mente. Eso es esquizofrenia, ¿no? Y él me dijo, "no, es verdad".

Y después me dijo, "mire profesor, yo hago la cuestión de telefonar personalmente a su esposa para decirle a ella que usted está ido". Y yo le di mi teléfono y él telefonó a Elsa y la felicitó a Elsa. Mira bien, esto me parece esquizofrenia, es que es terrible. Antes nada, ni siquiera unos buenos días; y después, un gesto humano.

J. B. ¿Qué edad tenían las niñas?

P. F. Tenían quince, catorce y trece años, pero los chicos tenían ocho o nue-

ve años. Elsa resolvió evitar que ellos supieran esto. Elsa tenía dos actitudes que me parecían muy justas; la una le parecía que esto podría traumatizarlos demasiado; la otra, ella no le gustaría que nuestros dos hijos pudieran crearse ningún tipo de rabia contra del ejército, el ejército de las fuerzas armadas del país.

Y sería fácil que ellos quedaran con una animosidad contra; como niños ellos podrían asumir un sentido de responsabilidad directa contra el ejército. No había que crear esto, nuestra intención nunca fue esta tampoco. Cuando ellos supieron de esto tuvieron suficiente claridad para empezar a entender que esto dividía también a las fuerzas armadas, porque había quienes estaban y quienes no estaban con ellos.

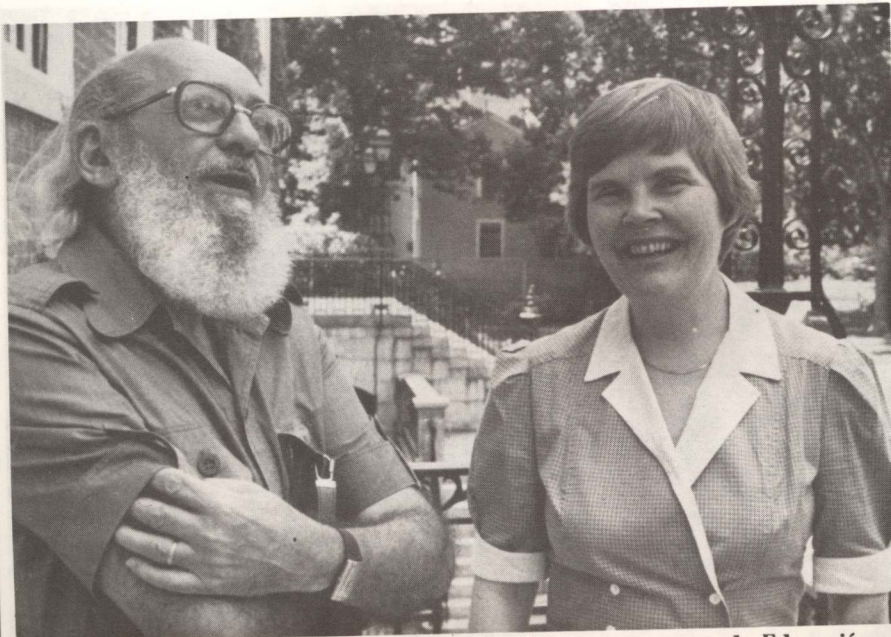
J. B. ¿Cuándo les dijiste a tus niños que habías estado en la cárcel?

P. F. Ya estábamos en Chile, en el exilio. Y era interesante que un día ellos me plantearon esta cuestión y preguntando, así discretamente, "mira padre, ¿en Brasil estuviste en la cárcel?" Y yo les dije. Y entonces me hablaron de sospechas que tenían. Pero comprendieron bien que el exilio debe haberme marcado también, fuertemente. No solamente a ellos pero a nosotros también.

J. B. ¿Cuándo te exiliaron? ¿Cuándo decidiste exiliarte y por qué elegiste Chile?

P. F. Ajá, mi intención era quedar en Brasil, cualquiera fuera la solución yo estaba siendo procesado por la justicia militar. Pero llegó el momento en que amigos míos y de Elsa también hablaron de que sería una cosa así, un tanto quijotesca, insistir en Brasil. Y cuando vine a Río de Janeiro para seguir respondiendo a inquietudes militares entonces se notificó en la prensa de Río que yo sería nuevamente puesto en la cárcel. En esta altura resolví realmente procurar una embajada y asilarme; hicimos algunas tentativas. Y finalmente fuimos para la embajada de Bolivia. Fui solo entonces y al llegar a La Paz, en primer lugar yo la pasé muy mal por la altitud. La Paz está a más de tres mil metros y Recife está a seis debajo del mar. Entonces fue para mí una cosa terrible, casi me morí, entré en estado de coma.

Y quince días después de llegar a Bolivia hubo un golpe de estado. Es que



Paulo Freire junto a Patricia Graham, Decana del Departamento de Educación de la Universidad de Harvard.

Elsa, soldadera mexicana

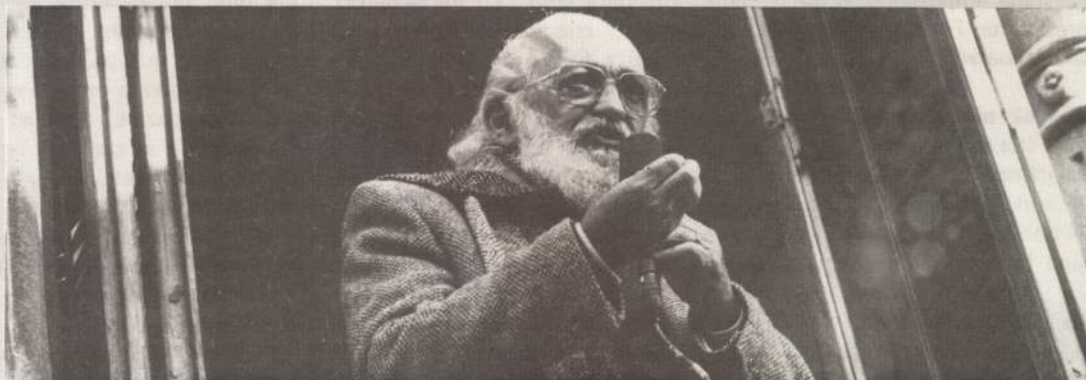


Foto: Carlos Améigo

"Elsa me influenció mucho con su madurez mayor que la mía"

Yo me acuerdo cuando estaba en la cárcel que Elsa cocinaba no solamente para mí; estábamos ocho o diez en la cárcel y Elsa llevaba las ollas y hacía una fritada, hasta pescado cocido que necesita ser caliente, para mí y los otros.

Jamás en un día de visita, jamás en la cárcel, me dijo "Ay, mira si tú hubieras pensado un poquito más no estaríamos hoy día, tú y yo y nuestros hijos en la situación que estamos. Si tú hubieras pensado." Porque si Elsa me hubiera dicho esto a mí no sería la soldadera mexicana. Y entonces se desharía nuestro amor, no tengo duda alguna. Porque habría faltado en ella entonces el mayor amor, el amor por el pueblo.

Mi compromiso histórico tiene que ver con mi compromiso con Elsa. Cuando supimos que podríamos volver al Brasil yo le dije a Elsa en Ginebra: "Elsa, tú nunca me has reclamado cosa ninguna en nuestra peregrinación por el mundo. Por el contrario, has perdido 25 años de servicio y no te puedes jubilar". Perdió todos estos años porque me siguió. Y yo le dije también: "Mira, si tú me dices hoy, mira Paulo yo no quiero volver a Brasil yo te diré que sufro pero quedo" Y Elsa me dijo, "no, tú y yo tenemos que volver porque este es también nuestro compromiso histórico". Y allí ella fue de nuevo la soldadera mexicana.

Yo no hago un viaje a ninguna parte, ninguna del mundo por más de 15 días sin Elsa y hasta hoy nunca exigí de las universidades que me paguen su boleto y yo siempre lo pago. Pero estoy absolutamente dispuesto de hoy en adelante de decir a cualquier universidad "o paga el boleto de mi mujer o yo no voy. Si no, no voy. Me quedo allí en una casita del noroeste, pescando con ella".

Soy mal cocinero. Lo que para mí sigue significando el machismo insertado en lo más profundo de mí. Una cierta resistencia en hacer algo que me fue dicho era de mujer. Y Elsa me dice "puche, pero tú" y también que "yo soy un paradojo", porque tú dices que aprender significa practicar pero, tú no practicas todos los días". Elsa me ayudó a cocinar. Pero era una vergüenza porque ella quedaba en la sala y yo iba a la cocina y echaba tal cosa y tal cosa en la olla. Después volvía a la sala y le preguntaba a Elsa "¿y ahora?" Y Elsa decía tal cosa y yo volvía a la cocina. La cosa funcionaba, pero era ella. Yo era simplemente el instrumento. Y el día

en que cociné solo perdí un kilo y medio de filete. Se echó a perder. Pero yo lavaba platos muy bien y sirvo el postre y hago café, huevos fritos y huevos duros. A mí me gustaría hacer un espagetti. Adoro la comida italiana. Pero no se hacer.

Elsa me influenció mucho. Soy muy exigente, muy riguroso. Doy la apariencia de que no soy pero soy. Elsa me influenció mucho con su madurez mayor que la mía. Me acuerdo y me pregunto "como tú fuiste capaz de me aguantar". Paciencia, tolerancia, esperanza.

Elsa sabía luchar. Confrontó la pelea de su mamá y de su papá contra nuestro matrimonio. No querían que Elsa se casara conmigo. Hoy día yo tengo una gran admiración por el papá de ella que lamentablemente murió cuando estábamos en el exilio. La mamá de ella era muy brava. Yo no tenía nada. A no ser mi voluntad de vivir. Y no era buen partido. Pero lo que me pareció formidable de la época es que mientras yo quedaba sangado, irritado, ofendido, lo que significaba la falta de seguridad en mí mismo, ella no, simplemente decidió que se casaba. En el día del casamiento salió de casa y dijo "hasta luego" ¿entiendes?

Elsa debe de haberse disgustado de algunas deficiencias mías. Pero comprendió que yo era así y que no era posible que yo fuera otra persona, su sueño. En la medida que aceptas el otro como es y no como a tí te gustaría que fuera, solo así es posible que un día el otro sea lo que te gustaría que fuera.

Elsa y yo no somos viejos, somos crecidos. Porque fuimos acrecidos. No hay crecimiento sin acrecimiento. Cuando uno rechaza el acrecimiento no puede crecer. Se moderniza. Se moderniza pero no crece. Se transforma, como un viejo bien arreglado achirándose a las muchachas pero que no es capaz de integrarse en su tiempo, en su historia.

Yo fui profesor de Elsa. Particular. Y nos encontramos. Elsa me encontró en una esquina del mundo. Y yo la encontré también. Y de allí en adelante nosotros estamos hasta hoy, construyendo la convivencia. Nosotros jamás admitimos que la convivencia estaba lista. Tengo la impresión que un matrimonio empieza a deshacerse cuando los dos ya no se espantan uno con el otro. Cuando no hay sorpresa. Cuando el hogar se transforma en un departamento.

yo estaba atrayendo unos golpes de estado. Fue en octubre del 64 que hubo el golpe en donde cayó el presidente Paz Estensoro y de allí entonces me fui para Chile. Y estaba empezando el gobierno del presidente Frei y allí entonces empecé a trabajar.

J. B. ¿Cómo fue tu vida y la de tu familia en Chile? ¿Se adaptaron?

P. F. Inmediatamente después que llegué alquilé un pequeño departamento, muy bonito y compré los muebles en una feria popular —mercado popular— y todo muy pobre, muy sencillo, sin confort para sentarse. Yo tenía taburetes, bancos de madera, de palos, las camas también con patas de palo. Me acuerdo que cuando llegaron Elsa y los chicos un día uno de los niños, me dijo, "Mira padre, ¿por qué aquí no tenemos las cositas que teníamos allá?" Tenían unas camillas buenas, claro. Y yo le dije, "mira hijo, es que aquí papá no puede, aquí es el exilio, es otro momento de la vida nuestra. Pero yo te haría una pregunta, ¿qué sería mejor para tí, y para mí y para nosotros, que tu allí estuvieras todavía en Brasil esperando que yo ganara más plata para comprar las cosas que tu tenías allá y allí entonces tu vendrías o es mejor que tu estés aquí con éstas cosas menos buenas pero ayudar a papá a tener cosas mejores después? Y él se rió y me dijo, no, yo prefiero estar aquí con papá".

J. B. El exilio, Elsa, tus hijos, todo eso tuvo que ser muy doloroso para tí.

P. F. Vivimos cuatro años y medio en Chile y en el comienzo, fue muy impactante para ellos. Yo me acuerdo, por ejemplo, cuando el invierno, el frío empezó a tocar en ellos, en nosotros, nosotros de Recife; Sao Paulo es fríasimo para un hombre y una mujer de Recife. Imagínate Santiago! Y me acuerdo un día que se iban a la escuela y sentían frío y yo no tenía realmente plata para comprar los abrigos y uno de ellos me dijo, "Mira padre, yo estoy con frío". Y nunca olvidé también aquello porque me dolió el sufrimiento de mi hijo. Y allí empecé a describir una otra cosa que parte de la psicología de los exiliados.

J. B. ¿Es duro ser un exiliado?

P. F. Sí. Los exilados políticos son atacados por un cierto sentimiento de culpa, en faz de los hijos. Cosa que no me parece que ocurra con un emigrante. Hay una diferencia fundamental entre el emigrante y el exilado político. El exilado político no tuvo la opción de elegir. Tiene otro proyecto de vida. Su proyecto es jamás fijarse en la nueva tierra. La realidad de lo concreto del asilado político es prestada. Porque su realidad quedó lejos.

J. B. Me imagino que siempre pensabas en volver.

P. F. ¡Pero claro! ¿Qué haríamos El-

sa y yo? sobre todo Elsa y yo. Nosotros nunca permitíamos jamás que nuestra soledad de Brasil se transformara en nostalgia de Brasil. Y hay una diferencia muy grande entre nostalgia y soledad. La soledad es una sensación de falta, de algo que pasó, de algo que pasa, de algo que va a pasar. Pero es una sensación en paz. La soledad es más sana. La nostalgia es casi la enfermedad de la soledad. La nostalgia es la soledad que te enferma. La nostalgia es un retorno a una idea ingenua al que fue, al pasado. Es una tentativa ingenua de reconstruir en la cabeza lo que pasó.

J. B. ¿Cómo se defendían de la nostalgia?

P. F. Primero, vivíamos intensamente nuestro presente en el exilio. Segundo, una cosa que Elsa insistía también mucho con las hijas, con los hijos, a pesar de todas las dificultades lingüísticas, es que ellos aprendieran bien la lengua y se insertaran en el país. Más que yo, también tengo dificultades lingüísticas de hablar la lengua de los otros. Ahora estoy hablando portugués ¿no? Pero Elsa siempre decía a las niñas, "miren, ustedes piensan en Brasil, pero hay que vivir intensamente el país en que están. La única salida que tu tienes es vivir intensamente el hoy en que tu estás". En ese sentido, aún con dificultades de hablar en nuestra casa habían dos cosas que no faltaban nunca. Por ejemplo, la lengua portuguesa-brasileña y la lengua nacional del país donde estábamos.

J. B. ¿Y el frijol negro también?

P. F. También. Elsa siempre investigó las ciudades donde andamos y encontraba siempre el frijol negro brasileño o algo parecido.

J. B. Tu identidad. Chile, Estados Unidos, Suiza, el mundo. ¿Sigues siendo brasileño o el exilio te cambió?

P. F. Lo que pasa es que peregrinamos por el mundo cargando con nosotros en nuestros cuerpos, en nuestra alma, nuestra cultura. Sin que esto jamás significara desprecio por la otra cultura. Porque incluso, entendíamos que la única manera que teníamos de respetar la cultura extranjera era mantener nuestra identidad cultural. Si tu no eres, no sigues la cultura brasileña, tu no respetas la cultura norteamericana, porque si en lugar de ser brasileño



Foto: Carlos Américo

"La educación debe enfatizar la capacidad crítica en los seres humanos"

tu tienes vergüenza de ser brasileño y pretendes ser lo que tu no eres, tu haces la distorsión de la otra cultura y traicionas la tuya. Una mala imitación. Y yo nunca aceptaría ser copia. Es que yo digo con tanto énfasis. **Yo soy un Brasileño.** Pero como Brasileño yo soy también, sobre todo un Latinoamericano. Esta fue otra cosa que aprendimos en el exilio.

J. B. A ver explícame un poco más: Tu eres brasileño, norteamericano, latinoamericano. Un ciudadano universal ¿no?

P. F. No hay posibilidad de universalidad a no ser partiendo de la localidad. Por ejemplo, mi Recifidad, esto es la calidad de ser de Recife explica mi Pernambucalidad que es la calidad de ser del estado de Pernambuco. Mi Pernambucalidad explica mi Nordestinidad, la calidad de ser del Nordeste de Brasil. Mi Nordestinidad me hace brasileño. Mi brasilidad me hace latinoamericano. Mi latinoamericanidad me hace un hombre del mundo. Entonces, yo soy un hombre del mundo, no por la Pedagogía del Oprimido.

J. B. Sino por las condiciones culturales mundanas.

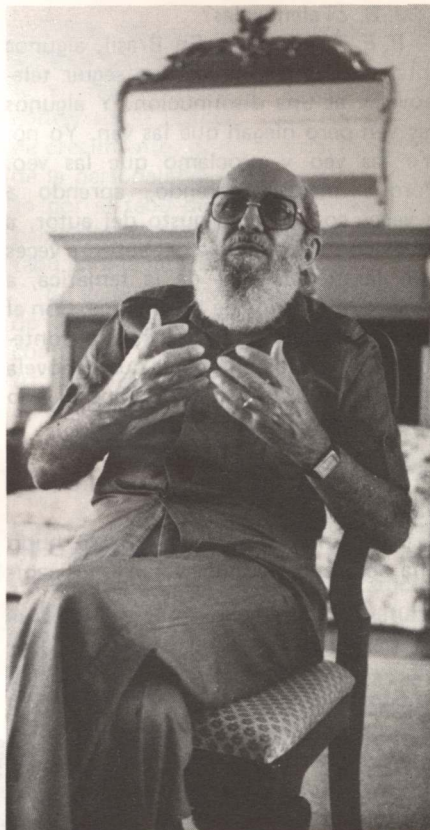
P. F. Eso, concreto. Pero esto, yo creo que tú también aprendiste esto en tu otra manera de ser exilado también. Y es exactamente tu vagabundaje por el mundo, en Africa, en Europa, en América ¿no? En el fondo es el mundo grande que se está tornando chico y que significa escuela.

J. B. Pero siempre tienes a Recife en la cabeza

P. F. Pero claro. Ahora yo decía a Elsa, "Puche Elsa, tal vez que yo esté cansado, cómo a mí me gustaría pasar ahora seis meses en una playa del nordeste en una casita de pescadores con toda la gente envuelta en mí, mimándome a Paulo y a tí. Seis meses, claro escribiendo, ya lo estoy viendo. Leyendo, sin teléfono, sin televisión". Pero Elsa me decía, "Pero puche, formidable, pero en el segundo mes tú querías volver".

J. B. ¿Por qué saliste de Chile? ¿Por qué elegiste Estados Unidos?

P. F. Sí, ¿Por qué salí de Chile? Esta es una buena pregunta. Salí de Chile por algunas razones. La una es



"Yo nunca aceptaría ser copia"

que tenía un muy precario contrato de la UNESCO que tenía mucho recelo sobre qué traía yo de Brasil. Y que me había dado un contrato muy, muy corto. Cada tres meses renovaba un contrato de "conciliario", o algo así. Y llegó el momento en que se terminó el contrato y la UNESCO me prometía un contrato fijo, mayor, etc. y no llegaba.

J. B. ¿Era la UNESCO?

P. F. La UNESCO. Entonces llegó ese momento. Esta es una razón, teníamos que tener un empleo para sobrevivir. La otra, que nos parecía que después de haber vivido cuatro años y medio trabajando muy directamente con educadores chilenos, con quienes aprendimos mucho ya era tiempo de irnos.

J. B. ¿Qué es lo que más extrañas de Chile?

P. F. Me gustaría decir aquí ahora en paréntesis del amor que tenemos por Chile. Chile, para mí, para Elsa, para los hijos es en verdad nuestra segunda patria. Amamos intensamente a Chile. En el día en que Chile cambie un poco y sea permitido que aparezcamos iremos allá. Pero la segunda razón

es que nos parecía que ya era tiempo que los educadores chilenos trabajaran sin mí. Que yo saliera. Para que también yo y Elsa y los niños nos expusiéramos a otras culturas, a otras experiencias. Entonces pues, empecé a recibir algunas invitaciones de Estados Unidos y de Europa y acepté una invitación de Harvard.

J. B. ¿Te acuerdas quién te mandó la invitación?

P. F. Creo que la invitación me llegó no firmada por el profesor de Harvard, Noel McGinn pero a través de Noel.

J. B. ¿Qué dijeron tus hijos cuando Elsa y tú empezaron a pensar sobre el regreso a Brasil? ¿Cómo participaron ellos en esa decisión? ¿Se alegraron?

P. F. Tenían una trágica desconfianza

J. B. ¿Tenían miedo?

P. F. Me acuerdo de una conversación que tuvimos juntos, Elsa y Joaquín y yo. Tres días antes de tomar el avión para Brasil. En que uno de ellos habló por sí, pero indudablemente en nombre del otro también. Y dijo: "Mira padre y madre. Hay algo que nos asusta en este viaje" Y yo dije, "¿qué es?" Y me dijo, "Mira, nosotros amamos indiscutiblemente amamos Chile pero estamos ciertos de que no somos chilenos. A nosotros no nos disgustó vivir en Estados Unidos pero estamos ciertos de que no somos norteamericanos. A nosotros no nos repugna vivir en Ginebra, en Suiza, por el contrario, hasta estamos contentos también. Pero estamos ciertos de que no somos suizos. Y desconfiamos que somos brasileños. Lo que nos asusta ahora en este viaje es, llegar a Brasil y descubrir que también no somos brasileños y si esto pasa ¿qué será de nosotros? ¿Qué somos nosotros?"

J. B. ¿Cuál fue tu respuesta?

P. F. Esta es una indagación realmente trágica, ¿no? Es tomar el exilio también con tragicidad. Pero jamás sentir culpa por causa de esto. Jamás. Claro, que de vez en cuando el papá o la mamá tienen cierto sentimiento de culpa frente al hijo. Pero hay que superar este sentimiento y comprender esto como algo que se ha dado en la historia. Y entonces nos fuimos al Brasil y hubo una cosa maravillosa que en cuatro o cinco días después de llegar a Sao

Paulo, María Bethania tenía un show en el teatro de la católica y fuimos. Y María Bethania nos homenajeó y abrió la puerta del teatro y entramos sin pagar. Y a la salida del espectáculo, después de abrazar a Bethania los dos nos dijeron: "Padre y madre, somos brasileños". La música, ¿no?

J. B. Paulo, lo que escribes, todo eso sobre la participación ¿lo cumples en tu casa? Es decir con tu familia. ¿Eres participativo o autoritario?

P. F. Elsa y yo en estos años, no dicotomizamos la dimensión pública de nuestra vida de la dimensión privada. Para mí es un absurdo, por ejemplo, que como educador tenga una manera de comportarme en la universidad católica y otra en mi casa. No, yo incluso siempre decía, no podría haber escrito "La Pedagogía del Oprimido" y al mismo tiempo ser un autoritario en casa.

Yo tendría que romper uno de los dos Paulos, ¿no? O el Paulo autoritario o el Paulo democrático de la pedagogía.

J. B. ¿Cómo evitaste esa dicotomía?

P. F. Esta dicotomía siempre evitamos. Yo tengo la impresión que en nuestra experiencia de madre y padre, hubo un balance, un equilibrio, una armonía, con una colaboración de Elsa que tal vez con otra mujer no hubiera existido.

Yo fui más libertad que autoridad. Mientras Elsa vivió mucho más intensamente el equilibrio entre libertad autoridad. Ahora, si tu me preguntas "Paulo, ¿tú repetirías?" Yo te diría "sí". Si fuera padre nuevamente yo jugaría a la libertad de nuevo. Mi posición es así: Yo apuesto siempre en la libertad. Por la creatividad. Pero mira, nunca fui licencioso.

J. B. ¿Fuiste manipulador?

P. F. Jamás fui manipulador. Yo podría decir aquí sin vanidad, que vivimos juntos con los hijos una experiencia en que difícilmente se encontraría una contradicción entre lo que hacíamos fuera de casa y lo que hacíamos dentro de casa.

J. B. ¿Tú tienes algún hobby? ¿Te gusta pescar?

P. F. ¡Adoro pescar! Pero hace años que no hago esto. El otro hobby es novelas de televisión.

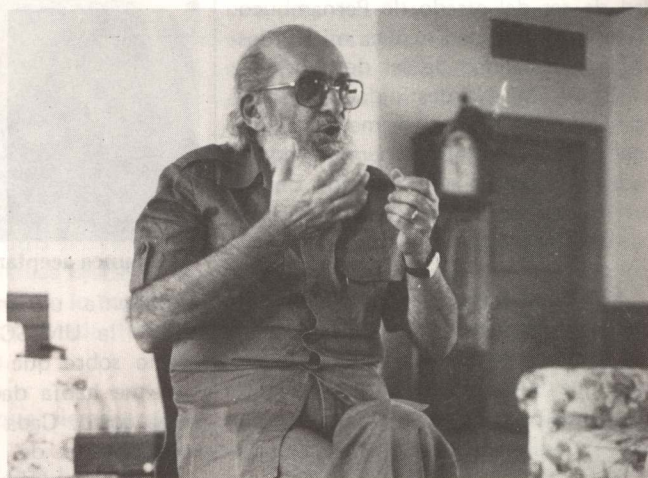
J. B. ¿Telenovelas?

P. F. Telenovelas. En Brasil, algunos intelectuales les parece que seguir telenovelas es una disminución. Y algunos las ven pero niegan que las ven. Yo no. Yo las veo y proclamo que las veo. Porque incluso aprendo, aprendo a veces con el buen gusto del autor, a veces con el mal gusto del autor, a veces con la mediocridad de la temática, a veces con el valor de la temática. Con el buen desarrollo de los artistas, el contenido, los sueños burgueses que la novela trae. Todo esto para mí sigue siendo oportunidad de aprendizaje.

J. B. ¿Cuál fue tu telenovela preferida Paulo?

P. F. Antes de llegar a Brasil hubo una de la cual pudimos ver algunos capí-

"Para mí no hay posibilidad de pensar en un mañana si no pienso y no vivo muy radicalmente mi hoy"



tulos, en Portugal, ¿no? Llamada... ¡oh, mi Dios, yo olvidé el nombre! "El Caserón". A mí me gustaba. Pero probablemente la novela más bien propuesta es la novela de Jorge Amado. "Gabriela, Claro y Canela". Es la obra del gran romancista brasileño de Bahía, Jorge Amado. Y que fue muy bien puesta en la televisión. Desde el punto de vista técnico, la televisión brasileña, es muy buena. Ahora las cuestiones de trasfondo ideológico son otra cosa.

J. B. ¿Pero tú te divertías con la anécdota o tratabas de ver más allá? La ideología por ejemplo.

P. F. Eso. Exacto. Esto es una cosa que yo hago constantemente. Yo no me entrego fácilmente a la televisión. En primer lugar, no niego a la televisión porque soy un hombre que procura siempre ser un hombre de su tiempo. Para que pueda pensar el tiempo que no es el suyo. Para mí no hay posibilidad

de pensar en un mañana si no pienso y no vivo muy radicalmente mi hoy.

J. B. Me parece que tu amas a la televisión

P. F. Y no podría negar la televisión. La televisión es una cosa extraordinaria. Lo que pasa es saber hasta qué punto podemos tener control sobre este poder, sobre este medio de poder. Entonces, yo soy por la televisión, no contra la televisión. Pero peleo con ella. Como no me entrego dócilmente a la televisión. Las propagandas comerciales, nunca me aprendo su precio. Estoy siempre analizando el background ideológico que las propagandas traen consigo. Cuando pretenden vender un nuevo tipo de desodorante. Lo que hay por atrás de esto, el corte ra-

cista, el corte sexista, el corte de clase que las propagandas trazan. Como también los noticiarios; por ejemplo, por qué razón una cosa aparece aquí y no aparece allá. Por qué razón se dice una cosa hoy y no ayer, etc. Yo me pongo siempre crítico frente a la televisión, no cuando miro un match de fútbol. Y de ciertas películas; pero siempre me pongo en una postura crítica, en una postura de curiosidad que dice "no me gustaría caer en una trampa". Así es como veo la televisión.

J. B. ¿En Chile compraste televisor?

P. F. ¡No! En Chile yo no compré televisión, no podíamos.

J. B. ¿No tenías el dinero?

P. F. No tenía. Cuando yo pasé a tener el dinero para tener la televisión entonces yo salí de Chile para Estados Unidos. Viajé y compré en el mismo día. ■

Kintto Lucas y Rosa Rodríguez

Paulo Freire hoy: La lucha continúa

SECRETARIO DE EDUCACION

Como Secretario de Educación del Gobierno Municipal de Luiza Erundina en Sao Paulo ¿Cuál es su preocupación central, su trabajo?

Para citar solo un ejemplo te diría que nuestra preocupación central hoy, al frente de esta Secretaría de Educación, es cambiarle la "cara fea" a la escuela municipal.

¿Cómo es esa "cara fea" de la educación brasileña?

Nuestra escuela pública es, fundamentalmente, una escuela autoritaria y elitista. Y ese pecado no es solo de la escuela pública municipal; me refiero a la política educativa de Brasil, considerada como un todo. Elitismo y autoritarismo son, evidentemente, rasgos ideológicos. Esta es la causa de los obstáculos que encuentran los hijos de los trabajadores, los hijos de los barrios populares, de las "favelas", de la periferia, primero para entrar a la escuela y después para permanecer en ella.

Tenemos hoy ocho millones de niños en edad escolar fuera de las aulas y muchos de los que entran son expulsados. Irónicamente, ese fenómeno se llama "evasión" escolar. Eso no es evasión. Los niños comienzan ya siendo expulsados de las clases de primer año, por el altísimo índice de reprobaciones en los cursos de alfabetización.

¿Cómo se propone cambiar esa "cara fea" de la educación brasileña?

Cambiar la cara de la escuela es, en el fondo, cambiar la organización de los programas de estudio, es alterar la comprensión metodológica de la enseñanza, la comprensión de lo que significa "enseñar", de lo que significa "aprender". Y eso no se hace por decreto.

¿Se trata entonces de democratizar la enseñanza?

Sí, pero hay que tener cuidado con eso. Fíjate que es un peligro y sería un contrasentido, pretender "democratizar" la escuela de una manera autoritaria. Hay algunos caminos para lograr ese objetivo, el principal de los cuales es el convencimiento de los profesores, la formación científica permanente del cuerpo docente.

¿Qué dificultades ha tenido para aplicar su modelo de pedagogía, la pedagogía del oprimido?

Creo que el mejor ejemplo para mostrar la dificultad que tenemos trabajando dentro del subsistema escolar, es una sociedad que todavía no fue transformada profundamente. Es difícil nadar contracorriente; sin embargo, es posible. Ahora que soy Secretario de Educación del Partido de los Trabajadores de Brasil de la ciudad de San Pablo, tenemos la responsabilidad y el reto, de hacer alguna cosa dentro de la prefectura. Ahora estamos metidos dentro del sub-

sistema oficial que es una burocracia que hace todo para perjudicar nuestro trabajo, tenemos que evitar tradiciones, ideologías antipopulares, una serie de cosas; porque estamos dentro del subsistema, con una porción pequeñita de poder, —porque somos más gobierno que poder— yo sé cuan difícil se hace luchar para cambiar la cara de la escuela.

¿Los medios de comunicación, le ayudan a producir estos cambios o se han pasado a la oposición?

Tenemos en contra nuestro los medios de comunicación masiva, la televisión, algunos periódicos, la radio, debido a que nuestra opción es una opción popular, democrática, comunitaria, etc. Es duro. Pero hay otros casos más difíciles como cuando se es solo un grupo de maestros progresistas dentro de un gobierno que totaliza opciones antidemocráticas; es más difícil que en mi caso porque yo formo parte de un gobierno que tiene una opción de transformar en favor de las clases populares; así pues, si las clases dominantes buscan de nosotros, como educadores, la tarea de reproducir su ideología, hay una tarea que nosotros hacemos que esa clase no espera, que es la de desmitificar la ideología dominante y esta tarea es la que esperan los niños del pueblo de los educadores progresistas.

LA EDUCACION ES POLITICA

Paulo Freire sostiene que los sistemas educativos de los países latinoamericanos tienen enfermedades como la dicotomía entre teoría y práctica, entre enseñar y aprender: "Sin excepción —dijo— en América Latina, hasta en Cuba, en grados menores, encontramos enfermedades en nuestros sistemas educativos". También señaló que la simple transferencia de conceptos está castrando la curiosidad y la creatividad de maestros y alumnos. Por otra parte, enfatizó que "uno de los problemas que estamos viviendo es que los avances tecnológicos, cada vez más, están quedando en un sector pequeño. Algunas minorías producen conocimiento lejos de las grandes masas y al servicio de una minoría que comanda el mundo, porque tienen el poder político y militar. Hay que pelear contra esto que también es parte de la lucha por la libertad".

NITA

Nita es mi mujer, mi compañera, responsable en parte por una alegría de vivir que yo recuperé después de la muerte de mi primera mujer, Elsa. Yo estaba muy desligado del mundo, yo no estaba con rabia por el mundo, yo no estaba con rabia de la vida, pero yo estaba muy apenado, muy incompetente para vivir; y Nita apareció y me trajo el nuevo gusto de la lucha, el gusto de la pelea, el gusto de la vida y el gusto del amor.